

DEL ARCHIVO DE LA REVOLUCIÓN

UNA INTERESANTÍSIMA CARTA DEL REPRESENTANTE DE CARRANZA EN WASHINGTON, EL SEÑOR ESCUDERO

Un documento de gran importancia para conocer la actitud del gobierno de los Estados Unidos en relación con la situación mexicana, pocos meses después de haber estallado la rebelión de 1913, encabezada por don Venustiano Carranza, es una carta que el licenciado Francisco Escudero dirigió a don Alfredo Álvarez en septiembre de 1913.

El señor Escudero, quien más tarde fue ministro en el gabinete de Carranza, se encontraba (en septiembre de 1911), representando a la revolución constitucionalista en Washington.

Todo el sabor de la incertidumbre que reinaba en esos días por la actitud que asumirían los Estados Unidos en los asuntos mexicanos –por más que Escudero aseguraba que el secretario de Estado Bryan ofrecía despejar bien pronto el horizonte– puede tenerse en este documento, que textualmente dice:

La revolución constitucionalista

Washington
Septiembre 2 de 1913

Sr. Dn. Alfredo Álvarez
Piedras Negras, Coah.

Muy estimado y fino amigo:

Son en mi poder sus dos gratas de fechas 25 y 30 de los corrientes que me llegaron solamente con un día de diferencia; juntamente con ellas recibí sus correspondientes anexos. El de la última, o sea el manifiesto que deberá mandar a la Cámara en México, hoy mismo será firmado y depositado en el correo. Está escrito con calor y con dicción y aunque dudo de que sea dado a conocer, pues cada día aprieta más el tornillo el nuevo Dictador y cada día también afloja más la resistencia de los nuestros, que se encuentran nuevamente aterrozados; sin embargo, efectivamente conviene quede en los archivos de la casa del pueblo para poderlo exhibir en mejores tiempos para lo que proceda.

Respecto del original del mensaje que venía en la primera carta de las referidas, después de haberlo leído con toda atención repetidas veces y haberlo dejado enfriar; es decir, separado, para volverlo a leer un día después, he considerado que no sería conveniente ni político darlo a la publicidad en esta capital, cuya psicología y temperamento empiezo a comprender, a lo menos en los términos inflamados en que se encuentra concebido.

Para que ustedes se formen una idea de cuál es el dicho temperamento de esta metrópoli, debo decirles que esta es la ciudad más pulcra y ponderada de los Estados Unidos y lugar donde se profesa la religión de la ecuanimidad política. Como esta ciudad es esencialmente política, al grado de que todo el mundo vive saturado de esa rama de la vida social, se ha llegado a perfeccionar el oficio, encontrando la actitud de los medios tonos, de los matices velados, de las notas a la sordina, de los perfumes suaves, como la que mejor sienta en uno que se considera el primero o de los primeros pueblos. Por eso disuena todo lo violento, lo que es demasiado vivo, lo que sobreexcita el sistema nervioso, dejando eso para el público, para la prensa, para los círculos de ciudades como Nueva York, donde las multitudes son menos semejantes y afectas a lo armonioso y simétrico. Hay ciertamente mucho de afectado y gazmoño en todo esto, pero no carece de cierto aire de grandeza. Aunque de lejos me recuerda la serenidad de los romanos de los buenos tiempos, cuando huyó un cónsul que para anunciar a sus conciudadanos la terrible derrota sufrida del genial Aníbal en Trasimeno, no profirió más que estas ponderadas y solemnes y sobrias palabras: "*a pugna magna victi sumus*"...

José C. Valadés

Aquí no hay grandes industriales, ni grandes comerciantes, ni grandes millonarios, no hay más que funcionarios federales, altos empleados, diplomáticos, literatos y hombres de ciencia, naturalmente todos ellos con sus respectivas familias. Todo esto le da a esta población cierto *cachet*, cierta *tenue*, muy especiales y probablemente únicos en la tierra, pues en otras naciones, como en la nuestra, la capital es el centro de toda la vida del país, en todos sentidos y aspectos; pero aquí no lo es más que en la parte política.

Impregnado del carácter de esta ciudad, saturado de su peculiar ambiente, es el estado de ánimo con que redacté la *interview* que apareció ayer en el *New York Herald* y de la cual envié a usted dos ejemplares, esperando que los habrá recibido. Procuré hablar con lenguaje sobrio y sereno, propio para impresionar a los políticos del Capitolio que no comprenden nuestros arranques latinos y sonríen todo lo despectivamente que es dable imaginar, de la pasión y entusiasmo que ponemos en nuestras cosas.

Para ellos hay mucho de flexibilidad, mucho de encono en la actitud de los mexicanos de ambos bandos. Habiendo olvidado las lecciones de su propia guerra civil o quizás considerándola, como a todo lo suyo consideran, algo extraordinario, insólito; algo que no tiene nada de semejante en la historia de la Humanidad, se manifiestan admirados de la vehemencia que ponemos en nuestras reivindicaciones y del espíritu rectilíneo que nos anima en la realización de nuestro empeño. Esto explica porque ven fácil un acomodo entre los dos partidos. Para ellos es obvio el arreglo con nuestros enemigos. Todo sería obra del conocido contrato latino: *Do ut des* (doy para que des); es decir, obra de que cada facción ceda en sus respectivas pretensiones y así lleguen a un fácil y pronto acuerdo que nos ponga en paz...

De todo lo anterior se desprende la natural y lógica consecuencia que ya se le ha de haber ocurrido a usted, y es la de que, dando ese carácter del pueblo americano y de sus políticos, salpimentado con la vanidad de estimarse muchos codos por encima de nosotros, nada de extraño tenga que en sentido metafórico (como en el real) nos hablemos en distintos idiomas y aunque próximos geográficamente, tan distantes y separados moralmente hablando. Todo esto será fuente perenne de *mal entendues* y conflictos que pueden hacer surgir a cada momento serios desacuerdos. Si a esto agrega los santiaguitos y escarceos a que se entrega actualmente Huerta, con más candor que resultados efectivos, tratando de meter miedo a esta gente con sus alharacas bélicas, tratando de enardecer el espíritu nacional mexicano alarmando su amor a su propia independencia, su orgullo como nación soberana y sus tradiciones como pueblo bravo, ya puede imaginarse lo que puede resultar, sobre todo si la criminal tarea de Huerta y de sus paniaguados se resuelve en una grande y

La revolución constitucionalista

aparatoso manifestación anti-americana el próximo 16 con algo peor, como sería un alboroto o degollina perpetrada en las sagradas personas de los primos... Porque Huerta no se ha contentado con responder irónicamente a las notas americanas, olvidando el lenguaje netamente diplomático para usar y abusar del “humor y *spirit*” parisienses que tan agradable es manejar, pero tan peligroso es usar con el que tiene como última y suprema *ratio* la fuerza, sino que, sobre alborotar a la nación con aprestos guerreros formidables, como si el enemigo estuviera ya a las puertas, ha dado a conocer planes encaminados nada menos que a abolir la influencia mercantil americana por completo en la nación, olvidando, o tal vez teniendo demasiado en cuenta, que este pueblo, aplicándole una irreverente comparación, se hace como los chivos, que en llegándoles a las bolsas reparan.

Bromas aparte, estimado amigo Álvarez, la cosa se está poniendo color de hormiga y yo me temo algún mal resultado si continuamos por la resbaladiza pendiente por donde nos hemos aventurado. Cualquier incidente de frontera, cualquier altercado en el interior del país, cualquiera demasía cometida por los unos o por los otros, con seguridad que sería la lumbre que haría arder la dinamita que se ha estado acumulando tres años hace.

Le acompaño algunos recortes significativos tomados al azar de los periódicos del día, advirtiéndole que la prensa de esta ciudad es la más moderada, por ser la que tenemos controlada por las agencias que usted conoce y que hemos estado haciendo; pero todos, todo el mundo aquí está en ansiosa espera de lo que pueda ocurrir el próximo día 16, que puede ser el que marque el principio de espantables cosas. También temo al elemento intervencionista, capaz, para salirse con la suya de provocar desórdenes explotando la ignorancia y el inconsciente anti-americanismo de nuestras masas.

Esto hará que no deba yo salir de esta ciudad antes del dicho día dieciséis, en el concierto y salvo lo que ese Cuartel General determine para el mejor servicio de la causa que defendemos.

Además, hay otra cosa. Uno de los agentes americanos que tengo y que habla frecuentemente con el señor Bryan, me dijo que este señor le había dicho ayer que, en su concepto, la alineación de Huerta en una forma o en otra era cosa segura y que de un momento a otro el gobierno de este país tendría que hablarnos para conocer nuestros puntos de vista de manera oficial. Yo desde hace bastante tiempo he estado viendo venir ese paso de parte del gobierno de este país porque está dentro de la esfera de lo indicado y ya para aceptar, o ya para rechazar cualquiera sugestión que nos hiciera, no veo propios ni a Pérez Romero ni a Hopkins. No considero propio a Pérez Romero, porque aunque sea buena persona, carece de autoridad, consejo y malicia que son necesarios

José C. Valadés

para el caso (tan trascendental); no veo propio al Sr. Hopkins, porque es extranjero y con seguridad que para una emergencia de esa clase no sería admitido por la Casa Blanca, o si lo fuera, él mismo vería las cosas, aunque desde un punto favorable a nuestros intereses, por sernos enteramente fiel, si también, inevitablemente (por ser humano) desde un punto de vista más americano de lo que debe ser la cuenta. A todo trance, ya en casos como ese, se necesita que sea un mexicano el que lleve la directiva de esa diplomacia. Diariamente hago yo la crítica de todos los pasos dados en nuestros asuntos, precisamente para no perder el control y el sentido de ellos desde el punto de vista del más puro mexicanismo. Esto, en las circunstancias, es de suprema importancia para el porvenir de nuestra causa y para el prestigio que necesariamente debe tener ante toda la nación cuando llegue la hora del triunfo, que será también en la que se nos empiecen a pedir cuentas de hasta las menores acciones nuestras y de nuestro comportamiento y actitud en las horas de los conflictos internacionales e internos.

Como le decía ayer en carta que le escribí a nuestro amigo el Sr. Calzada, nosotros debemos seguir una conducta lo más hábil y discreta que nos sea posible, pues si por un lado se encuentran los ideales, por otro, se puede encontrar el honor de la nación, y no es cosa de comprometer ni los unos ni el otro a la ligera, sino sortear las dificultades airoosamente y en su caso y como debe ser, identificar a los unos con el otro.

No debemos permitir ni por un solo instante que el malvado Huerta vaya a convertirse en el paladín de la patria arrebatándonos un rango y preeminencia la que absolutamente a nosotros nos corresponde como defensores que somos de los derechos del pueblo, de las instituciones y de la dignidad de la patria. Muy en particular, tratándose de los norteamericanos, entiendo que la mejor línea de conducta que debemos trazarnos con respecto a ellos, es la de tratarlos con fría reserva y austera cortesanía sin fiar demasiado en su amistad; pero sin desafiar inopidamente su poder. La dignidad es la fuerza del débil.

Amigo Álvarez, me desveló estudiando nuestros problemas y cada vez me convenzo más de lo siguiente que voy a decirle y que es el fruto de mis insomnios:

Creo que los días de Huerta como presidente están contados. Sin poder precisar el plazo, por ser ello imposible, su suerte está decidida. Basta para ello un poco de lógica y poco de conocimiento de historia contemporánea. Un individuo que desafía tan abiertamente como él lo ha hecho y sigue haciéndolo, el poder norteamericano en este continente, poniendo en gravísimo riesgo su prestigio ante el mundo, no puede convalecer. Por menos cayó Celaya de Nicaragua, y por menos cayó Castro de Venezuela, lo que debemos procurar

La revolución constitucionalista

es que caiga solo y no que arrastre su caída a la par, como podría suceder si la lleva a una guerra para la cual no está preparada y que, pese a nuestro valor y patriotismo nos sería funesta.

Una vez aceptada como segura la eliminación de Huerta, como es matemático, es necesario examinar como podría ello resultar si lo es por sólo obra de nosotros y en este caso la suerte de la revolución está salvada en su integridad y la nación quedará a cubierto de nuevas dificultades por muchos años, tal vez por generaciones enteras, o el tiempo tirano es eliminado por la presión extranjera y en este caso indudablemente se nos obligará a transigir, como parte del programa que se propongan seguir la nación o las naciones que intervengan en nuestros asuntos (pues parece que se trata de pactar una acción conjunta por parte de varias potencias que en ello están interesadas). Si se nos obliga a transigir, la obra de la revolución quedando trunca queda ocasionada a volver a suscitar rebeliones en futuros años.

Para un evento o para el otro evento es elemental que debemos estar debidamente preparados. Como prepararnos es lo que estoy estudiando y en una de mis próximas les mandaré mis impresiones a medida que las concrete y a medida que la situación cambiante y movediza, como es, vaya dando margen para estudios más concienzudos.

Pero hay otras fases del problema que también importa tener muy presentes como son, por ejemplo, los problemas actuales dentro de nuestra propia vida constitucionalista, en lo que tenemos bajo nuestra especial guarda y control. Desde este punto de vista, dos son principalmente los puntos que solicitan mi atención, siendo el uno la cuestión de las armas y municiones que es preciso a toda costa conseguir, pues sin esos aprovisionamientos es absolutamente imposible triunfar, ni, sobre todo, hacerlo dentro de un plazo tan corto que haga innecesaria la interferencia norteamericana, la que, sé yo, no esperará arriba de otro par de meses para empezar a obligarnos a terminar. El otro punto es la cuestión de Sonora, donde la cosas amenazan agravarse horriblemente de un momento a otro debido a las exigencias (que yo creo justificadas) de los yaquis, que reclaman el pronto y fiel cumplimiento de las promesas constitucionalistas de devolverles sus tierras so pena de pelear si no se las entregan. Y aquí nuestra dificultad. Si no se les devuelven sus tierras, aparte de la incorrección de regañarlos y de la contradicción que resultaría con los principios que profesamos, viene el peligro de que vuelvan sus armas contra las nuestras y aun quizás azuzados por Huerta, que no reparará para conquistárselos, en promesas más liberales que las nuestras y aún con hechos dados su *sans façon* y empeño en vencernos; pero, y aquí el otro lado de la cosa o sea el segundo punto: si se entregan esas tierras, como los *científicos* las enajenaron a norte-

José C. Valadés

americanos, el gobierno de esta nación levantará el grito al cielo y considerará el hecho como capaz de *to rise the question of intervention*. Está la cosa como usted ve, de todos los diablos, y casi no hay por dónde cogerla, porque por todos lados quema....

Y esto sin contar con otras cosas de carácter, aunque menos importante, no menos riesgosas, como son ciertas desavenencias que importa hacer desaparecer.... En Sonora, por supuesto y no sé si en alguna otra parte.

En fin, creo que con esta larguísima carta que ya debe haber obrado como soporífero en su sistema nervioso, si no es que lo ha puesto de puntas como me pasa a mí frecuentemente cuando me engolfó en todas estas cosas, se habrá formado una idea de lo que con tanta y desesperante realidad me atormenta y me agobia.

Pero soy, a pesar de todo, un optimista.... Tengo algo de indio o de moro en mis venas que me hace "sentir" el futuro y en esta vez mis nervios, mi corazón o que sé yo si mi sexto sentido, me hacen palpar un porvenir cargado de dulces realidades para la pobre patria tan abatida, tan triste, tan ensangrentada por obra y gracia de tantos malos hijos como ha procreado, cegados por sus pasiones, por su orgullo, por su codicia; incapaces de actos de renunciación y de sacrificio, sin cuyo espíritu es imposible cumplir las cosas que han hecho grandes a las naciones.

En resumen, creo que debemos esperar a lo que ocurra el próximo día 16 en México para saber a qué atenernos sobre un próximo futuro.

En cuanto a los billetes, entiendo que en esta misma semana saldrá la resolución que decida si son o no contrabando de guerra, debiendo esperar a reconocer esa resolución antes de optar por algún medio para hacerlos llegar a su destino. Con seguridad antes del sábado sabremos a qué atenernos. Si no es contrabando de guerra sigo haciendo remisiones por *express*; pero si lo considera contrabando, la cosa se pone difícil, porque habría que tener en cuenta todas estas dificultades: la de hacerlos llegar Piedras Negras (lo difícil es la pasada del puente, no la llevada a Eagle Pass), después su internamiento de nuevo en los Estados Unidos para enviarlos a Sonora y después su entrada en este estado de Sonora. Y como son tantos y las rendiciones serían constantes, las dificultades se estarán renovando cada momento, sin contar con los peligros que correrían los que los condujeran, quienes serían perseguidos por violación de las leyes de neutralidad. Esto mismo es lo que me ha hecho esperar a que se decida la cuestión antes de pensar en hacer remisiones pequeñas por paquitos postales a diversas personas. Esto quizás sería lo más seguro. Esta cuestión de los billetes está mucho más relacionada de lo que a primera vista parece, con la cuestión general en lo relativo a la actitud que en definitiva,

La revolución constitucionalista

observará esta nación con nosotros. Lo que resuelva me va a servir de pauta para hacer mis pronósticos con respecto a las armas y si le he decir la verdad, estoy esperanzado de que las provocaciones de Huerta den como resultado y contragolpe la creación de cierto disimulo de nuestro favor para la introducción de las armas. Algo de esto he querido ver en el reciente nombramiento de un amigo americano para empleado de la aduana de Matamoros, no pareciéndome conveniente darle detalles sobre este particular; sólo le aseguro que ese nombramiento, si no es aislado, es elocuente.

Escrito lo anterior, en estos momentos acaba de estar conmigo el diputado Ardourell, quien me dice habló hoy con el secretario Mr. Bryan, quien le dijo que Huerta puede considerarse como prácticamente eliminado y que los constitucionalistas debemos de esperar con gusto y confianza el porvenir y que dentro de muy pocos días, antes del quince, se verán grandes cosas.

Este diputado habla frecuentemente con el secretario de Estado y se manifiesta gran amigo de nosotros; así es que a veces me da valiosos informes. Aunque soy de natural desconfiado y un tanto escéptico, en este caso, como la noticia está tan de acuerdo con las conclusiones a que he llegado por mis observaciones de la situación y mis raciocinios, no encuentro mayor dificultad en admitirla como buena, aunque me suscite nuevamente mis temores de que las interferencias americanas vayan a determinar mutilaciones dolorosas en nuestra causa.

Volviendo al asunto de los billetes, creo que debemos esperar lo que resuelva el Departamento de Estado, no considerando práctico el medio de trasladar los billetes en velices, como arriba indico, cuando conozcamos la resolución veremos la forma más conveniente de operar en caso de que aquella nos sea adversa. Es cuestión de pocos días.

Le ruego que lea al señor Calzada esta larga carta, lo mismo que a los amigos de confianza, aunque abrigo el muy natural temor (natural después de haber abusado de su paciencia) de que se fastidien de lo lindo con la difusa y prolongada exposición de mis ideas; pero debo decir, citando a un gran escritor, “no hay cartas largas, sino asuntos largos”, y el nuestro es uno de ellos, y uno sobre todo, de los que sería criminal tratar a la violenta.

Reciba un afectuoso abrazo y cordiales saludos para usted y todos los amigos.
Suyo atto. amigo y compañero,
Francisco Escudero [*firmado*]

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 29 de septiembre de 1935, año x, núm. 14, pp. 6 y 14.